

generalmente dócil y obediente, y no le falta aplicacion, pero no posee todavía estas cualidades en un grado eminente : en dos palabras, no es lo que podia y debia ser. — ¡Ah! le aseguro á Vd. que nunca he tenido tanta emulacion como ahora que sé que ha habido en todos tiempos tantos niños célebres, y puesto que para serlo no es menester mas que ser dócil y tener buen corazon, voy á hacer cuantos esfuerzos pueda para conseguirlo, y espero que en adelante estará Vd. contento de mis adelantamientos. Carolina y Pulqueria hicieron las mismas promesas á su madre, y todos se fueron á acostar muy contentos de una velada que habia producido tan buenas resoluciones.

La llegada de algunos conocidos que vinieron á pasar algunos dias en Champcery interrumpió las veladas; pero la noche misma del dia en que se fueron, la Baronesa contó la historia siguiente.

LOS ESCLAVOS

Ó PODER DE UN BENEFICIO



Snelgrave era un viajero inglés, capitán de un navío de su nacion, y recomendable por su humanidad y virtudes; hizo muchos viajes al África¹, empleándose en lo que llaman trato ó comercio de negros, tráfico abominable², y que á pesar de lo admitido que está, no es ménos vituperable puesto que ofende y ultraja á la naturaleza, y que no se puede hacer sin exponerse á los mayores riesgos, porque la injusticia y tiranía producen casi siempre la desesperacion y el despecho. Por tanto, los europeos que se emplean en la compra y venta de carne humana, se ven precisados á tener atados todo el tiempo de la navegacion á los infelices negros todas las noches y la mayor parte del dia, y á pesar de estas precauciones los esclavos hallan á veces ocasiones de juntarse, y de tramar conspiraciones, cuyas resultas suelen ser no pocas veces la muerte de sus tiranos.

¹ Por los años 1722.

² Este comercio está ahora prohibido.

Snelgrave compró muchos negros cerca del rio Callabar. Distinguió entre aquellos infelices á una mujer jóven, cuyo aspecto manifestaba suma angustia y dolor. Movido de las lágrimas que vertia, le hizo preguntar por su intérprete la causa de ellas, y supo que lloraba un hijo único que se le habia perdido el dia ántes. Lleváronla al navío con los demas esclavos. Aquel mismo dia el cacique ó rey de aquel territorio hizo decir á Snelgrave si gustaba ir á visitarle. Convino en ello Snelgrave; pero conociendo la ferocidad de aquella nacion se hizo acompañar de doce marineros bien armados. Le llevaron á alguna distancia de las costas, en donde encontró al rey sobre un asiento elevado á la sombra de algunos árboles. Era numeroso el concurso : varios de los principales de la nacion le rodeaban, y su guardia, compuesta de cincuenta hombres armados de arcos y flechas con el sable al lado y la azagaya en la mano, estaba á espaldas del rey á alguna distancia : los ingleses con los fusiles al hombro se colocaron enfrente del rey.

Snelgrave le presentó algunas frioleras de Europa, y al tiempo que acababa su arenga, oyó unos gemidos tan lamentables que le hicieron estremecer; se volvió hácia la parte de donde venian, y vió á un negrito atado con una cadena á una estaca clavada en el suelo. Á sus dos lados estaban dos negros de aspecto espantoso, armados con hachas y vestidos de un modo extraordinario, al parecer guardando aquel niño que los miraba llorando, y juntaba sus manecitas suplicándoles le dejaran. Viendo el rey la alteracion que aquel extraño espectáculo habia causado á Snelgrave, le dijo para sacarle del cuidado, que no tenia nada que temer de aquellos dos negros que tan sobresaltado estaba mirando. Luego le explicó con mucha gravedad que aquel niño era una víctima que iban á sacrificar al Dios *Egho* por la prosperidad del reino. Horrorizóse Snelgrave al oír tales razones... Solo llevaba consigo doce hombres; la corte y guardia del príncipe africano se componia de mas de cien negros; pero su compasion y humanidad no le dieron tiempo para considerar el riesgo que podia temer atendido el número y ferocidad de los bárbaros que le cercaban. ¡Oh amigos míos! exclamó volviéndose á los suyos. ¡Libremos á esta infeliz criatura! Diciendo esto se arroja hácia el negrito; animados los ingleses del mismo sentimiento le siguen animosamente. Los negros dando espantosos gritos embisten de tropel á los ingleses. Snelgrave saca una pistola, y apun-

tando con ella al rey, le dice que le oiga. Aterrorizado el rey calma con una sola palabra el furor de sus negros, que al punto se quedaron inmóviles. Entonces Snelgrave por medio del intérprete explicó los motivos de su acción, y concluyó suplicando al rey le vendiese la víctima. Este admitió la propuesta. Snelgrave estaba determinado á no disputar sobre el precio; pero su fortuna quiso que el rey negro no necesitaba de oro ni plata; no conocia los diamantes y perlas, y así creyendo pedir mucho, exigió un collar de cuentas de vidrio azul, que al punto se le entregó. Al instante vuela Snelgrave hácia la inocente criatura que acababa de librar de la muerte y saca su sable para cortar la cuerda con que estaba atado. Espantado el niño cree que Snelgrave va á matarle y da un doloroso grito. Lleno de gozo Snelgrave le toma en sus brazos y le estrecha contra su pecho: libre el niño del temor, se sonríe y acaricia á su libertador, el cual, enternecido y lleno de una deliciosa conmoción, se despide de los negros y vuelve á su navío. Al llegar á bordo vió Snelgrave sobre la cubierta á la negra que habia comprado aquella misma mañana. Le habia dado una congoja, y estaba bañada en llanto sentada al lado del cirujano del navío, que no habiendo podido conseguir que tomase algun alimento, la obligaba á que se estuviese al aire por miedo de que no volviese á desmayarse. Al pasar Snelgrave con su gente junto á ella, volvió la cabeza y viendo al negrito que un marinero llevaba en brazos, da un grito penetrante, se levanta, corre precipitada hácia el niño, que por su parte la conoce, la llama y le tiende los brazos. Ella le recibe en los suyos... Las funestas resoluciones que ha formado, la pérdida de su libertad, los proyectos de desesperacion y los males que ha padecido, todo lo olvida... ¡Qué mucho si es madre y vuelve á encontrar á su hijo!... Despues le informa el intérprete de todas las circunstancias de la acción de Snelgrave. Entonces agarrada siempre de su hijo corre á echarse á los piés de su bienhechor: ¡Ahora sí, le dice, ahora sí que soy tu esclava! Si no fuera por este niño, esta misma noche la muerte me hubiera librado de la esclavitud. Tú no eras para mí mas que un tirano, pero me has vuelto á mi hijo, es darme mas que la vida, ya eres mi padre: ¡sí, puedes contar en adelante con mi obediencia, este hijo querido es prenda de mi palabra!...

En tanto que esta mujer hablaba con el fuego y expresión de la mayor gratitud, el intérprete explicaba sus razones á Snelgrave. No

podia este recibir un premio mas dulce de su acción; pero no fué él solo. Tenia á su bordo mas de trescientos esclavos, y la negra les refirió todo el caso. Despues de haberla escuchado los negros, rodearon á Snelgrave expresando su admiracion con repetidas aclamaciones, y le prometieron una sumision sin límites. En efecto, en lo restante del viaje halló en ellos todo el respeto y obediencia que un padre podía esperar de sus hijos¹.



Si tal es el poder de los beneficios y de la virtud en unos salvajes los mas feroces, ¿cuál debe, pues, tener entre nosotros este medio infalible de granjear y sujetar á los hombres? Esta historia, hijos míos, debe tambien confirmaros en una verdad que nunca me cansaré de repetiros, y es, que una acción virtuosa rara vez deja de ser útil á nuestros intereses personales.

César, dijo la Marquesa, ¿de qué clase es la acción de Snelgrave? ¿Es heroica? — ¿Heroica?... No lo creo, pero voy á examinarla segun las reglas que Vd. me ha dado. — Veamos si te acuerdas bien de ellas. — Para que una acción sea heroica, es preciso que sea útil: que el que la ha hecho se haya expuesto á un gran riesgo: que le haya costado un gran sacrificio, y que le hubiese sido posi-

¹ Véase el Compendio de la Historia general de los Viajes, tomo 3, pág. 39 y siguientes.

ble no hacerla sin incurrir en nota de desprecio. — Justamente : volvamos ahora á Snelgrave. — Se expuso á un gran riesgo... — Mucho menor de lo que crees. Es cierto que no llevaba consigo mas que doce hombres, y que los negros componian una tropa de mas de cien hombres; pero los salvajes mas feroces son siempre tambien los mas cobardes. Ademas de esto, todos los ingleses tenian fusiles; y si se hubiese trabado el combate, no hay duda en que los negros habrian huido á la primer descarga. — Por tanto, el peligro no era muy grande, y me parece que Snelgrave hubiera sido despreciable si pudiendo impedirlo hubiese dejado degollar á su vista aquel pobre niño : por consiguiente no hizo mas que una accion buena, y no una accion heroica. — Muy bien dicho; pero se debe estimar en mucho aquel primer movimiento tan generoso é independiente de toda reflexion que le hizo volar al socorro de aquel niño. Fué tan impetuoso este impulso, que no cabe duda en que hubiera despreciado los mayores riesgos; y esto es lo que califica su accion en gran manera. El hecho por sí mismo no es heroico; la humanidad lo prescribia; pero el primer movimiento que le inspiró es sublime.

Abuelita mia, dijo Carolina, la historia que Vd. nos ha contado es muy buena, pero es tan corta...

Pues bien, hijos míos, respondió la Baronesa, voy á contaros otra. La accion de Snelgrave no le ha parecido á César heroica; veamos que le parece esta.

El virtuoso duque de Borbon, cuñado de Carlos el Sabio, estuvo en rehenes por el rey Juan, y permaneció ocho años prisionero. Su ausencia ocasionó mucho desorden en sus estados. Los barones usurparon parte de sus dominios; y Chauveau, su procurador general, se vió precisado por la obligacion de su empleo á hacer informaciones contra ellos. Libre el duque, y de vuelta á sus estados, cerró los ojos sobre las culpas pasadas, y no pensó mas que en granjearse los corazones de sus vasallos. Instituyó la Orden de la *Esperanza*. En medio de la solemnidad de esta ceremonia, se presentó el rígido Chauveau con los cuadernos de las informaciones en la mano. Los presenta de rodillas al duque, y le dice : Aquí hallaréis, señor, muchos reos; los unos merecen pena de muerte, los otros á lo ménos merecen pena de confiscacion de bienes : este es el registro de sus delitos. Todos los prevaricadores estaban presentes, y temblaban

de miedo. Chauveau, dijo el príncipe, ¿has tenido cuentas tambien con los servicios que me han hecho? Coge él mismo los cuadernos, y sin leerlos los arroja al fuego. Aquellas palabras divinas, aquella accion generosa hizo verter á todos los circunstantes lágrimas de gratitud y gozo; no hubo alguno de aquellos señores, ya fuese reo ó inocente, que no jurase sacrificar su vida por un príncipe tan magnánimo.

¡Ah, exclamó César! Esta accion sí que es heroica...

Ya veis, pues, hijos míos, prosiguió la Baronesa, á qué grandeza de ánimo nos puede hacer llegar la bondad del corazón : si se supiese cuán dulce y útil es el saber perdonar, no serian tan raros estos ejemplos...

Aun estaba hablando la Baronesa cuando se oyó un gran rumor en la casa; los niños corren hácia la puerta, y su madre los sigue precipitadamente. En el mismo instante oyen varias voces repetidas, y perciben claramente estas palabras : *Se han hecho las paces*. Madama de Clemira se arroja aceleradamente fuera del cuarto; encuentra un posta que llegaba de Paris, y que le confirma esta feliz nueva. La paz, exclamó madama de Clemira : ¡ah, bendigamos al cielo y al rey que nos la dan!... No pudo decir mas, porque las dulces lágrimas de la alegría le embargaron la voz. Abraza á su madre, á sus hijos, vuelve á leer veinte veces la carta, repitiendo á cada instante : ¡Se han hecho las paces!... ¡Y son paces ventajosas!... Dentro de dos meses á mas tardar veremos aquí á vuestro padre... ¡Ah mamá! dijo Pulqueria, no nos envíe Vd. á acostar; permita Vd. que veamos esta noche para hablar de nuestra dicha. Se otorgó esta súplica, y sabiendo la Marquesa que el posta al atravesar el lugar habia gritado con toda su fuerza por todas las calles por donde pasaba : *Se han hecho las paces*, quiso saber si algunos aldeanos habian acudido al palacio : en efecto, casi todo el lugar estaba á las puertas de él; hiciéronlos entrar. Al punto bajó la Marquesa; la rodearon con impaciencia, y ella les leyó la carta que acababa de recibir. Despues de esta lectura, todos á una voz empezaron á gritar : *Viva el rey*, con aquel gozo tan natural á los vasallos que tienen la dicha de lograr un rey que hace gloria de ser padre de sus pueblos. La Marquesa hizo dar de beber á todos los aldeanos; se iluminó de priesa todo el patio del palacio y parte de los jardines; el cocinero compuso algo de comer, y toda la noche se pasó bai-

lando y cantando con la mayor alegría. Aquella noche César y sus hermanas se acostaron, por la primera vez de su vida, al amanecer.

Todos los vecinos de madama de Clemira vinieron á darle la enhorabuena de un suceso tan grato á todos en general y mas particularmente á ella. Fué preciso volver estas visitas, y empezó por madama de Luzane, que le hizo quedarse un dia entero en su casa. Mr. de Luzane quiso enseñarle su jardin, que era á la inglesa, esto es, que ningun árbol estaba arreglado, porque en sus calles las ramas despellejaban la cara y arrancaban los cabellos; los cardos y las hortigas crecian libremente en aquel sitio campestre: se veian dos ó tres montones de tierra graduados con el honorífico nombre de montañas; algunos escombros figuraban una ruina: dos ó tres caxillas viejas y puercas componian el lugar, y algunos puentecillos de madera puestos sobre un arroyuelo de agua detenida, corrompida y sucia, se llamaba el rio. Por tanto, se ve que, á excepcion de un peñasco, de un templo y de un sepulcro, este jardin tenia todas las partes esenciales que constituyen un jardin á la inglesa, cuando el que los forma tiene gusto, invencion y talentos. Y así esta agradable posesion, obra de Mr. de Luzane, daba mayor fuerza á su natural vanidad: disfrutaba de todos los privilegios anexos á la gloria de haber imaginado un jardin á la inglesa. Declamaba con fuerza contra toda la simetría y primor empleado en los jardines comunes, creyendo admirar á todos con la novedad de sus ideas y exquisito gusto.

Carolina y Pulqueria, que desde el lance del telescopio habian tomado sumo cariño á Sidonia, se pasearon con ella, y fueron á merendar á su cuarto. Hallaron en él varias cestas llenas de hojas de rosa, y preguntándola á qué uso las destinaba, respondió que eran para hacer agua de rosas. Pues qué, dijo Pulqueria, ¿Vd. sabe hacerla? — Es muy fácil, replicó Sidonia. — Tambien hace la señorita, dijo entónces el aya de Sidonia, con esas mismas hojas un color encarnado que le sirve para pintar los ramilletes que Vds. ven puestos en esos cuadros. — ¿Y las hojas verdes con qué las pinta? — Saca de algunas plantas el color verde. — ¡Qué bueno es eso! — ¡Oh! la señorita sabe hacer otras muchas cosas. Tambien ha hecho el jarabe de orchata que Vds. han probado y han alabado tanto, y la mermelada de grosellas. — ¡Cuánto diera yo por saber otro tanto!

— Ahora mismo lo sabrá Vd.; voy á darle todas mis recetas, y sin trabajo hará lo mismo que yo. — ¿Con que podremos hacer agua de rosas, y colores? — Mañana mismo si Vds. quieren. Despues que Sidonia les dió sus recetas, su aya abrió un armario, rogando á Carolina y Pulqueria que se acercasen: Vean Vds., señoritas, les dijo, otra clase de obras que no aprenderán tan prontamente. Vean Vds. esos acericos, esos cofrecitos, esas bolsas bordadas, y esos cordones de baston; Sidonia ha trabajado todo ese almacen. No hay nadie, interrumpió Sidonia, que no pueda hacer otro tanto: como no tengo habilidades, procuro á lo ménos variar mis ocupaciones. Mi madre con su ejemplo me hace tomar la costumbre de no estar ociosa un solo instante. Pulqueria, que registraba atentamente todo lo que habia en el cuarto, atisbó debajo de la cama un cajon grande. Preguntó á Sidonia lo que era. Sidonia se puso colorada, y le respondió que aquel cajon no tenia nada de particular. Su aya se echó á reir: No me atreveria, dijo, á desmentir á la señorita; no obstante... — ¡Por Dios, le dijo Sidonia, aya mia!... — Ciertamente, interrumpió el aya, no es posible comprender la vergüenza de las señoritas; porque ¿quién no creeria al verla á Vd. en este instante que tiene motivos justos para estar sonrojada? y con todo... — ¡Por Dios, aya mia, calle Vd. por Dios!... — Vamos, callaré: no diré mas que una cosa, y es, que en ese cajon hay tambien labores de la señorita, y que su madre la ha reñido porque se ha levantado á las cinco de la mañana para acabarlas, lo que no ha podido hacer á causa de la llegada de mi señora la Marquesa de Clemira. Este diálogo movió en gran manera la curiosidad de Carolina y Pulqueria. Esta sobre todo no pudo contenerse, la abrazó quejándose tiernamente de su falta de confianza, y le suplicó le enseñase las bonitas labores que habia en el cajon. Sidonia se sonreia, abrazaba á Pulqueria, y no la respondia. El aya, que estaba rabiando por ver el cajon abierto, tomó la palabra: Es muy cierto, dijo, que la señorita no debe decirlo, ni debe alabarse... y por eso ha trabajado en secreto y sin que nadie la ayudase: en fin, todo se descubre; yo por mí no hace mas que cuatro ó cinco dias que lo sé, y aun ha sido á pesar suyo. — Vamos, hija mia, continuó hablando con Sidonia, dé Vd. gusto á estas dos señoritas: yo prometo que no dirán nada á nadie... — Oh, no por cierto, dijo Pulqueria. — No puedo negarles cosa alguna, replicó Sidonia algo triste; pero en verdad que ese

cajon no vale la pena... — Aprovechémonos del permiso, dijo el aya, sacando el arca en medio del cuarto. Carolina y Pulqueria se ponen de rodillas al lado de ella para ver mejor. Pero luego que el aya hubo abierto aquel misterioso cajon, se quedaron heladas al ver que no había en él mas que unos vestidos toscos de aldeana : Aquí, dijo el aya, hay seis camisas : el lienzo es ordinario, ¡pero vean Vds. qué puntadas ! También hay dos jubones y dos justillos, pañuelos, delantales y calcetas : ¿ parece que se han quedado Vds. admiradas, señoritas ? prosiguió el aya.



Fácilmente adivinaron Carolina y Pulqueria que todo aquello estaba destinado para alguna pobre mujer, y aunque muy niñas, supieron apreciar la resistencia que Sidonia había opuesto á su curiosidad. Igualmente movidas de la accion y del virtuoso empacho que aquella amable niña manifestaba todavía, se arrojaron en sus brazos, y la sensible Sidonia las estrechó repetidas veces en ellos con las mas vivas expresiones de amistad y de cariño. Enternecida el aya las contemplaba en silencio... pero por último, refirió que en efecto aquel cajon estaba destinado para una pobre mujer de quien cuidaba Sidonia hacia ya un mes, y Pulqueria á fuerza de preguntas averiguó que era la misma que habían visto con el telescopio. Esta agradable conversacion se acabó al volver la Marquesa del paseo : envió á llamar á sus hijas, y Sidonia, cogiendo á cada una de un brazo, las llevó á la sala. Por la noche al volver á Champcery, Carolina y su hermana contaron á la Marquesa todo lo sucedido.

¡ Ay hijas mias, aprovechaos de un ejemplo tan bello ! considerad que las almas mas insensibles y duras no pueden ménos de admirar la virtud, pero se contentan con este tributo de admiracion involuntaria y estéril ; por el contrario, las personas virtuosas se abrasan en deseos de imitar todo lo que admiran. — Puede Vd. creer firmemente, mamá, que nosotras imitaremos á Sidonia ; no lo dude, y como ella no estaremos un instante ociosas. En nuestros ratos perdidos haremos carteras, cofrecitos, agua de rosas, y trabajaremos para los pobres. — ¿ Sidonia no os ha dicho que estudia la Botánica, y que conoce perfectamente todos las plantas de los campos y sus propiedades ? — No, señora : ¡ es tan callada !... ¿ Pero cómo ha podido aprender eso ? — Paseándose con Mr. de la Paliniere, que como ya sabéis, es un gran botanista. Sidonia, que no pierde ocasion de instruirse, siempre que Mr. de la Paliniere va á ver á su madre, se pasea con él, y recoge todas las plantas que encuentra. — Si nosotras hubiésemos tenido esta idea, ya pudiéramos conocer muchas, porque nos hemos paseado infinitas veces con Mr. de la Paliniere. — Si hablásemos ménos, y nos aprovechásemos mas de la instruccion de las gentes que tratamos ó con quienes vivimos, los hombres nos instruirian muchísimo mas que los libros, y nadie nos pareceria enfadoso : Mr. d'Ormont, por ejemplo, no es muy divertido... — Oh, es tan triste... con sus prados artificiales ; me acuerdo de esta palabra, porque siempre que viene á casa se la oigo decir cien veces. — Sí, porque yo le hago hablar siempre de agricultura, que es la única cosa que sabe á fondo y en que se ocupa. Le doy un gran gusto en sacar esta conversacion, y al mismo tiempo me instruyo escuchándole. — Lo mismo que cuando Mr. Milet estuvo cinco dias en Champcery, que siempre hablaba Vd. de Anatomía. — Porque Mr. Milet es excelente cirujano y muy buen anatómico, y de este modo no hay persona de quien no se pueda sacar fruto, y cuya conversacion no sea instructiva.

Despues de estas reflexiones se volvió á hablar de Sidonia, y la Marquesa no se olvidó de decir á sus hijas, que solo su poca edad podia servir de excusa á la indiscrecion con que habían abusado de la condescendencia de Sidonia, instándola á que les descubriese una cosa que deseaba ocultarles, y les hizo conocer cuán peligrosa es la curiosidad, puesto que hace incurrir en semejantes faltas. ¿ Y habéis pedido licencia para comunicarme este secreto ? añadió la

Marquesa. — Sí, señora, y al punto convino en ello muy gustosa. — Porque conoce todas las obligaciones de una hija para con su madre; ¿pero si no tuviese tanto juicio y prudencia, y os hubiese encargado ocultármelo, qué hubiérais hecho? — No sé, mamá... ¿Hubiéramos podido entónces hablarle á Vd. de ello? — ¿Pero no habias dado palabra ántes de abrir el cajon de no decirlo á nadie? — Sí, señora. — Y con esa condicion habéis logrado lo que deseábais. — No hemos creído fuese necesario añadir : *á nadie, excepto á mamá*; porque eso ya se suponía. — No podemos ligarnos á una promesa sino por nuestras acciones y palabras : la intencion no tiene fuerza respecto á esta especie de trato, cuando no se manifiesta en las expresiones. Por tanto, en este caso ú otro semejante en que prometiéseis guardar un secreto sin expresar la excepcion que has hecho, os veríais obligadas ó á faltar á vuestra palabra dándome parte del secreto, ó á guardarlo faltando á vuestra obligacion, que es no tener nada oculto para mí. — Ya lo comprendo, nos seria preciso ó engañar á Vd. ó faltar á nuestra palabra, y cualquiera de estas cosas es muy mala. Nunca nos veremos, mamá mia, en semejante alternativa, porque no admitiremos ningun secreto sin pedir ántes el permiso de comunicárselo á Vd., y si no nos lo quieren dar rehusaremos saber el secreto. — Debéis hacerlo así, tanto mas cuanto una persona que quisiera limitar vuestra confianza para conmigo, careceria ciertamente de principios rectos y buen modo de pensar, y su secreto podria seros peligroso.

Como la Marquesa tenia muchas cartas que escribir, no se volvieron á empezar por entónces las veladas. César pidió permiso á su madre para leer la Iliada de Homero. No tienes aun bastante edad, le dijo la Marquesa, para conocer las bellezas de esa obra : no obstante, como su lectura es indispensable para la inteligencia de una infinidad de cuadros y pinturas, vengo en ello; pero no es libro que puedes leer á tus solas... — ¿Y por qué, mamá? — Leyéndole conmigo comprenderás mejor sus perfecciones, y sobre todo sus defectos. — Pero ya sé que madama Dacier le ha puesto notas, y le prometo á Vd. que no las pasaré sin leerlas. — Esas notas son precisamente las que yo sintiera mucho que leyese solo. — ¿Pues qué, mamá, no son juiciosas? — Tráeme la Iliada que está en aquel estante... — Aquí la tiene Vd. — Voy á leerte algunos pasajes; vaya este, pero ántes es preciso enterarte de lo que trata.

En una batalla, Adrasto, jóven guerrero Troyano, pelea desde su carro; sus caballos se desbocan y hacen pedazos el carro. Adrasto cae en el suelo boca abajo; entónces Menelao se abalanza á él con intencion de atravesar con su pica á un enemigo tendido en el suelo é indefenso; pero Adrasto le pide la vida, prometiéndole un fuerte rescate. Iba ya Menelao á darle la vida, cuando Agamenon llega corriendo y le reprende con enojo su piedad.

« No perdonemos á los Troyanos, dijo; ninguno de ellos se escape de entre nuestras manos; mueran hasta los niños que están en los vientres de sus madres; perezcan todos con Ilion, etc.

« Esta exortacion llena de fuerza y de prudencia cambió la intencion de Menelao, que al instante desví de sí al infeliz Adrasto; al mismo tiempo Agamenon le atraviesa el pecho con su lanza. Queda aquel jóven príncipe tendido en el suelo, y Agamenon poniéndole el pié sobre la garganta retira su lanza. » *Iliada, lib. 6.*

Y bien, hijo mio, dijo la Marquesa, ¿qué te parece esta accion? — Me parece horrible; matar á un enemigo sin defensa es asesinarle. — Tales son no obstante los héroes del poema; pero veamos la nota de madama Dacier acerca de esto; dice así :

« Homero alaba esta crueldad de Agamenon; porque como hay cierta especie de compasion nociva, hay tambien una crueldad provechosa. Unos enemigos tan injustos y pérfidos cuales eran los Troyanos no merecian perdon alguno¹. »

— ¿Pues cómo madama Dacier aprueba esta accion? — Nunca he creído que la inhumanidad pudiese parecerle bien; pero como todas las notas de madama Dacier son de esta clase, he debido temer que la autoridad de una persona tan justamente celebrada hubiese á lo ménos debilitado en ti el horror que debe inspirarfe la crueldad... — ¿Pues qué, mamá, madama Dacier no desapruueba nunca las acciones bárbaras? — Nunca, ni aun las acciones mas infames. Dolon, espía troyano, se halla en poder de Ulises y Diómedes; les pide la vida, Ulises se la otorga con tal que les declare

¹ ¿Qué lenguaje, y sobre todo en boca de una mujer! Y ademas, ¿qué lógica tan falsa! ¿En qué consistía la perfidia é injusticia de los Troyanos? París habia robado á Elena, es cierto, pero este delito lo era de un príncipe troyano, y no de toda la nacion. Aun dado que la injusticia fuese general, ¿acaso esta puede autorizar un asesinato? Aun cuando los Troyanos fuesen todos pérfidos, ¿era este motivo suficiente para pasar á todos á cuchillo sin excepcion y sin piedad? ¿Era esta razon bastante para no perdonar ni aun al niño en el vientre de su madre?